

# MI EXISTENCIA CON FACUNDO

O EL OCASO DEL AMANECER

José Antonio Luer

**Nota acerca de cómo conocí a Facundo:** *Lo conocí afuera de la sede de Artes de la Universidad. Tenía que ir a dejar unos libros que me había prestado un profesor de la escuela de Filosofía. No podía permanecer con el libro de Žižek demasiado tiempo. “El acoso de las fantasías” era simplemente una tortura. Ese día llovía y yo no traía paraguas. Facundo se me acercó y me ofreció detener la llovizna con el suyo. Me acompañó hasta la parada de autobús. Luego de despedirnos me dijo, “Oye, deberíamos hacer algo un día de estos”... Parecía entusiasmado. Yo le dije que me parecía una buena idea. Pude notar el brillo en sus ojos antes de que decretara vernos aquí a la misma hora mañana. Fue como uno de esos encuentros antiguos. Luego me fui. Me fui y en el autobús iba pensando en que nunca le pregunté su nombre y que él tampoco preguntó el mío, aún así y a pesar de eso, pareciera que ambos nos conocíamos perfectamente. Saber nuestros nombres no era necesario, amenos que necesitáramos llamarnos porque uno de los dos se encontraba perdido. Solo esperaba que esa última conclusión no fuese una premonición.*

*A Andrés...*

# I

## Cuando me dijo que era Facundo

Cuando me dijo que se llamaba Facundo pensé que yo siempre me había querido llamar así. Nunca estuve satisfecho con la idea de la identidad realmente. Es que encontraba que era un término demasiado frágil y fatalista. Demasiado fácil de intervenir. Era para mí uno de esos términos que se pierden en el propósito de la decodificación del lenguaje, pues no dejo de preguntarme qué es lo que podría aclarar el hecho de definir la identidad de una persona. ¿Qué o quién lo necesita con tanta urgencia, cómo y cuando se nos implantó esa necesidad de definirlo todo desde la razón?... Facundo había estado obsesionado con los cruces que producía la idea de la identidad en relación con el mito de Narciso. Sucede que había reinterpretado a Narciso y me explicaba que si bien el reflejo en el agua era un efecto visual (Como los que produce el LSD) de quién era Narciso, ese efecto no era lo suficientemente fuerte como para aferrarse a una idea real del yo (No estoy hablando de Freud, por si acaso.) Fue entonces su condena. Fue el problema existencial lo que llevo a Facundo a la muerte, perdón, quise decir a Narciso.

Era primavera y Facundo se había dejado la barba. Yo también me había dejado la barba. Facundo se había cortado el pelo y yo también. Creo que ese día las tonalidades en la ropa de Facundo eran similares a las mías. No me percaté de ello en aquel entonces, pero el pelo castaño corto de Facundo podría haber sido el mío y no el de él. Recuerdo que apenas y nos conocíamos cuando me propuso ir a un bosque, me dijo; "conozco un lugar, no es lejos de aquí, pero parece lejos. Es como desaparecer en medio del todo." Es difícil resistirse a tal punto de partida, hay que terminar el libro –Pensé–, descubrir la detonante... Así que antes de que el reloj anunciara la desaparición del sol, y proponiéndonos a percibir el atardecer, fuimos en busca de cervezas. Cervezas y Facundo nunca serán una combinación razonable. Pero desaparecer en medio del todo, Facundo, y cervezas, si pueden compartir la sensación del elixir...

Subimos por una calle empinada que se encontraba en el centro de la ciudad, a minutos de subir nos encontramos con un terreno baldío de altas proporciones, un terreno entre

quebradas con senderos deshilachados que proponían otro descubrimiento (Ese terreno podría ser una metáfora de como me sentía yo en ese momento). Nos adentramos al terreno en donde lo primero que pude apreciar fue una vieja casa de dos pisos entremedio de grandes fardos de maleza, una casa protegida por una reja de metal que proporcionaba el óxido en las manos de quién se afirmara de ella. Recuerdo el óxido de la camiseta de Facundo. Recuerdo ese óxido de cuando lo conocí (Estoy intentando componer mis recuerdos con Facundo, es quizás, una manera de descubrirme)...

“Mira, aquí en la noche venimos a veces con unos amigos, un día te voy a invitar y podemos mirar las estrellas. Desde aquí se ven grandes las estrellas.” Me dijo, sellando la frase con una sonrisa consoladora. Mientras le respondía con entusiasmo que sí, pensaba; ¿Por qué me consuela al final de cada frase, por qué me habla como si me costara oírle?...

Continuamos por un sendero de tierra hasta llegar a la entrada de un bosque. Era extraño. Un bosque en medio de la nada invitando a la desproporción de dos almas en busca de quizás, solo un contacto fugaz con la naturaleza. Entramos y empezamos a hablar de María Luisa Bombal y su última niebla. Facundo conocía bien el libro, él me decía que este bosque era como el bosque del campo, en el cual se pierde la protagonista durante la obra, específicamente la noche en que no podía dormir... Yo lo miraba pensando en que estaba equivocado. Pensaba en que este no era el bosque de María Luisa Bombal, sino que era el bosque de Narciso. El bosque de Narciso y era evidente. Creo que Facundo también lo sabía. Creo que María Luisa Bombal era un juego de palabras y él lo tenía claro. Creo que a veces soy un poco paranoico. Creo que Facundo era consciente de ello. Creo que esa última conclusión es infinitamente paranoica.

Íbamos caminando por el bosque intentando descifrarnos, decodificando el lenguaje, jugando con las palabras e inventando conversaciones absurdas, sin sentido, cuando lo que queríamos preguntar realmente era; "¿Quién eres tú?"... Alguien debería proponerse ser la oruga, pensaba. Alguien debería proponérselo realmente, antes de que llegue la reina de corazones.

Nos sentamos en unas rocas que amablemente habían construido un espacio de contención para nosotros. Abrimos un par de cervezas y los ojos de Facundo se perdían buscando, entre las ramas de los árboles, la sensación del atardecer. (No vas a encontrar el atardecer aquí Facundo, déjame decírtelo)...

\*Estaba con mi amigo Facundo sentado en las rocas del bosque. Lo había invitado a este lugar en el cual me venía a esconder cuando era niño. Facundo era una de esas personas con las cuales podías sentarte a mirar las nubes y hablar, es decir, de esas personas con las cuales podías ser tu mismo, cuando hoy en día eso era una amenaza. Estábamos sentados, él habla poco. Es como si estuviera escribiendo en la mente. Su mirada es una mirada perdida. Una mirada difícil de conseguir. Por eso lo miro tanto. A veces me pongo un poco nervioso. Y miro las hojas de los árboles, porque no sé a donde más mirar...

-Facundo miraba las hojas de los árboles como buscando al pájaro. Al pájaro de Barrios. Hablo del cuento del niño que enloqueció de amor, y del pájaro que se despierta en media noche confundiendo la luz de la luna con la luz del amanecer...

\*Mi amigo Facundo en silencio dando sorbetes a su cerveza. Ese era el cuadro mientras yo intentaba sujetar su mirada a la mía, y él, en su afán aristotélico, seguía cosiendo pensamientos. Casi los podía ver. Casi los podía ver como una telaraña sobre él. Pero yo era más corporal, mucho menos cerebral que Facundo, y cuando mi vejiga contenía todo el líquido de la cerveza me lo hacia notar. Me levanté para ir a orinar, le dije a Facundo que iría un poco más lejos... El seguía en silencio. Su silencio era para mi casi como una advertencia, casi como si me estuviera rechazando. A momentos eso me molestaba.

-Facundo se levantó para ir a orinar, no sé por qué pero se veía un poco molesto. Me quedé sentado percibiendo el bosque cuando comencé a sentir que mis pensamientos se repetían. Como si se escapasen de mi. Era un tanto perturbador, pero al cabo de unos minutos esa sensación comenzó a desaparecer. Pasaban los minutos y Facundo no volvía. Tal vez se había perdido, me dispuse a levantarme para ir en busca de él. Comencé a caminar por el bosque, no muy alerta, procurando de todas maneras no perder el tiempo, pues se hacía de

noche y lentamente llegaba la oscuridad...

\*Había estado sentado pensando en Facundo y en cómo decirle lo que quería decirle cuando volviera... Quizás él no entendía el por qué de mi demora, pero mi propósito era una justificación razonable. Se hacía de noche así que me levanté y me dispuse a volver, cuando vi a Facundo caminando entre el bosque, buscándome probablemente, me quedé escondido detrás de las ramas de un arbusto, mirando cauteloso, esperando el momento perfecto...

-Comencé a llamarlo en el bosque, pero no había respuesta alguna. Ya era poca la claridad que podía percibirse entre el verde elevado y la tierra. Estaba disponiéndome a volver, cuando doy un paso desprevenido y mojo mis zapatos en un charco de agua. Un charco de agua lo suficientemente hondo como para mojar mis zapatos y quizás más. Miro hacia el suelo a modo de reacción y me encuentro con mi reflejo en el agua. Era como abrir la puerta a un abismo, pues no sabía con exactitud quién era, a pesar de que una parte de mí sabía que era yo.

\*Vi a Facundo mirando su reflejo en el agua y la imagen era cautivadora. Había esperado ese entonces, había estado alerta a encontrar el momento indicado. Me acerqué lentamente hasta estar cerca de su espalda. Estaba tan hipnotizado con la imagen confusa de sí mismo que ni siquiera pudo percibir cuando me puse atrás de su hombro y en el reflejo del agua pudo ver también el mío.

"Me llamo Facundo", le dije.

Él solo sonrió.

\*\*\*

## II

### FACUNDO ERA YO

Le había dicho a Facundo que no me gustaba ir a esos lugares de noche, se lo había dicho un millón de veces. Esa noche las colas de los perros se cruzaban entre las piernas de Facundo con gran destreza canina, mientras nos dirigíamos al viejo bar. No era el aire bohemio de la ciudad, ni sus atareadas calles que discutían si conservar en los ventanales de las casas el recuerdo de un cuadro antiguo, o dejarse llevar por la composición oscura, selvática y en decadencia, que hace años ya había adquirido protagonismo. Sino que eran los pies de Facundo los que generaban la atmosfera de peligrosidad. La indecisión de la ciudad era cosa seria, pues no podía definirse en una sola personalidad, a veces siento que a mi me pasaba lo mismo, sin embargo soy como los perros, me muevo sin mucho pudor y de vez en cuando conservo algo de destreza canina.

Llegamos al Bar en donde estaban los amigos de Facundo quienes estaban obsesionados con la crisis aristotélica del siglo XIX, lo cual a mi me parecía una perdida de tiempo. Conservaba la atención cuando hablaban de las experiencias artísticas o la etimología en el arte, pero sobre todo cuando salía a la mesa citado (casi como una regla) Galileo Galilei. Si hay un grupo en el mundo al cual le gusta emborracharse y caminar entremedio de las colas de los perros citando a Galileo Galilei era a los amigos de Facundo, era como decirlo, un grupo al cual le sentaba bien el cuestionamiento, un grupo que entendía perfecto la cita de Galileo que decía que la duda era la madre de las creaciones.

En otra ocasión posiblemente me hubiera ido, ya que odio a los artistas, no así el arte. Pero a los artistas los relaciono con un sentimiento de desilusión, son para mi lo mas parecido a una farsa (Y hablo de la forma dramática), tal vez todo se deba a mis malas experiencias, pero me gusta creer que no es así. Los amigos de Facundo eran un tanto mas auténticos que otros idiotas, y un tanto mas auténticos que el propio Facundo. Entonces me quedé bebiendo cerveza, aunque no bebo cerveza, y me quedé conversando de la crisis aristotélica del siglo XIX, aunque encontrara que fuera una perdida de tiempo (En ese momento pensaba “El tiempo a veces tiene que perderse”.)

Eran cerca de las 03:00am cuando nos percatamos que la situación se había vuelto monótona. Fue en ese momento que el amigo alto y pelirrojo de Facundo nos propuso ir a otro lugar. Era una casa deshabitada que quedaba a unas calles del bar y que durante los últimos meses había estado generando grandes reuniones nocturnas en donde las drogas y los cuerpos humanos eran el cocktail principal. Era la casa que habíamos atravesado con Facundo cuando nos conocimos. Le había dicho a Facundo que no me gustaba ir a esos lugares, se lo había dicho un millón de veces. Él probablemente lo olvidó o obvió que por mi entusiasmo en la conversación acerca del objetivismo de Durkheim, yo había cambiado de opinión.

Íbamos caminando entre las colas de los perros, un tanto apresurados y paroxistas (Ni siquiera sé si existe esa palabra, pero la cosa es que éramos unos paroxistas en ese momento.) cuando el tambaleo en los talones de Facundo se hacía notar. Ver a Facundo era mi manera de ver el mundo. No veía las cosas a través de mi, sino que las veía a través de él. Lo cual era sumamente mas interesante. A veces me encontraba tan aburrido que comenzaba a ver las cosas desde una perspectiva ajena. Alguna ves le había comentado a Facundo que me gustaba ver las cosas a través de sus ojos, el me preguntó si acaso yo era un esquizofrénico o estaba enamorado de él, no sé, fue una de las dos cosas. Quizás ambas. No puedo recordarlo. De cualquier manera de seguro negué ambas opciones.

Llegamos a la casa abandonada y nos quedamos esperando afuera de una reja. Al cabo de unos minutos salió un hombre delgado, de apariencia indecible y con un gran dejo de nostalgia en la mirada, era una de esas nostalgias que tardas años en esconder, en ese sentido, este sujeto, era un experto escondedero de nostalgias y era también nuestro pase de entrada. Entramos y era poco lo que se podía distinguir entre el humo y el ruido, los amigos de Facundo habían comprado mas cervezas y comenzamos a beber, yo no me sentía incomodo realmente, de alguna manera me sentía parte de ese lugar, aunque quizás eran los sentimientos de Facundo, no lo sé. Pronto me di cuenta que Galileo Galilei y Durkheim ya no eran parte de la conversación, aunque habían sido ellos los que nos trajeron a este lugar, el entusiasmo de Galilei y Durkheim (Hay toda una metáfora en todo esto, pero no pretendo enredarme ahí, sería una historia mucho mas difícil de contar).

Eran las cinco de la mañana y la atribución de ruido ya no era una forma descriptiva que se acercara a lo que realmente ocurría sonoramente en ese lugar. Era como estar en una dimensión paralela en donde lo conocido era cuestionable. Creo que a eso era a lo que eran adictas estas personas. Al cuestionamiento. A sacar de contexto las cosas. No creo que el efecto de las drogas sea una verdadera causalidad. Habíamos fumado bastante yerba cuando ya eran cerca de las seis de la mañana y pude percatarme de que Facundo no estaba con nosotros, tal vez había ido a orinar, pensé, no debo preocuparme por él. Sin embargo fueron pasando los minutos y Facundo no aparecía, tampoco sus amigos sabían de él. Entonces me levante y fui a buscarlo. Caminé por un estrecho pasillo en el cual no se podía ver absolutamente nada, el humo era como la niebla de un bosque antiguo que te evocaba la sensación de un espacio infinito, como la niebla de Maria Luisa Bombal. Entremedio de mis piernas pasaron estrepitosamente tres colas de perro, y cuando pude afirmar unos pasos encontré una puerta, la abrí para ver si Facundo estaba por ahí, pero al contrario encontré a un niño de ocho años en pijamas mirando la televisión. No entendía nada en ese momento. Cerré la puerta. No supe como reaccionar. Me sentía totalmente inútil y desconcertado en ese instante. Seguí caminando por el pasillo hasta encontrar un rumbo que me llevase a un sitio exterior, pero la casa parecía un verdadero laberinto. Encontré una ventana que daba al jardín, mire hacia abajo y era lo suficientemente bajo como para saltar, pensé que Facundo podía estar por ahí, entonces salté.

Me asomé entre la maleza hasta aproximarme a la entrada de la casa que no daba ninguna evidencia de lo que sucedía adentro, al contrario, parecía un lugar totalmente quieto y silencioso, pero no desligado de lo sombrío. Estaba ahí, parado, un poco aturdido aún por la imagen del niño, esperando ver a Facundo en algún lugar cuando apareció una mujer de negro con un turbante en el rostro y una manta en sus brazos, se acercó a mí rápidamente, desesperada, como si estuviera huyendo de algo y comenzó a balbucear de manera muy poco clara que necesitaba de mi ayuda, que necesitaba que yo cuide de algo importante, que tenía que hacerlo ahora. Su desesperación fue para mi casi una advertencia, por lo que no demoré en poner cara de aceptación en pos de calmar su impaciencia. Al ver mi rostro un tanto confundido pero con dejo de aprobación, la mujer se deshace en lagrimas y me entrega en

mis brazos a un bebe envuelto en unas viejas sabanas. El bebe se encontraba durmiendo plácidamente, como si viniera de otro mundo, la mujer se escabulló entre la maleza del jardín y salió corriendo rápidamente. Yo estaba perplejo, como una escultura griega, mirando a mi alrededor como un niño extraviado y preguntándome incansable donde estaba Facundo. Pensaba en que se lo había dicho. Pensaba en que se lo había dicho un millón de veces. Que no me gustaba venir a estos lugares, cuando escuché un disparo venir desde adentro de la casa. Inmediatamente pensé “Facundo”... Corrí hacia adentro con el bebe en brazos, corrí instintivamente, como si la vida se me estuviera diluyendo de los brazos, la confusión del espacio había desaparecido, podía moverme perfectamente entre el humo y la gente que gritaba y corría. Llegué al salón en el cual estábamos con los amigos de facundo y vi un cuerpo ensangrentado en el suelo, “Facundo!... Facundo!...” comencé a gritar, cuando me acerqué y pude distinguir bien el rostro del cuerpo me di cuenta que no era Facundo quién estaba en el piso como un pájaro herido, sino que era yo. Era yo.

\*\*\*

### III

## FACUNDO Y LA MÁSCARA EN EL BARRO

Facundo en el suelo y el niño aferrado a mi pecho como una gaviota herida. Yo en pie mirando a Facundo con una extraña sensación de placer. Era como haber acabado una tarea, como haber acabado el armazón de un barco intrínseco que no necesita de un capitán para permanecer con rumbo fijo. A Facundo le sangraba la sien mientras el niño se me deshacía en los brazos como una lluvia de rocío, y mis manos, estupefactas, pronto se daban cuenta de que nada afirmaban en la posibilidad de sus palmas. A veces todo es un efecto visual. En la vida, digo. Todo es un efecto visual como los que produce el LSD. No dejó de pensar que la realidad que habito es creada y es frustrante darse cuenta de que tenemos todo el control para modificarla. Nadie quiere tener todo el control. Es demasiada fuerza para un cuerpo tan pequeño. A veces pienso que en qué pasaría si todos nos diéramos cuenta de eso. Qué pasaría si todos nos diéramos cuenta de que podemos crear y re-crear la realidad. Hemos hablado bastante de Facundo y figuras literarias. Me quedé con la imagen de la sangre en la sien y no me había dado cuenta de que era un final. Facundo murió. Ahora hablaremos de mi. Hablaremos de mi porque Facundo era yo. Mi nombre es Fabián y era amigo de Facundo, alguien que era como una parte de mi. Como un trozo de mi en un tiempo determinado. Facundo era un espejo y el espejo se rompió dejando en el suelo los trozos de todas sus máscaras. Las máscaras de Facundo, que eran las mías, se encuentran ahora sin utilidad. Aquí se acaba el misterio, o comienza otro...

Cuando salí de esa casa amanecía y estaba completamente solo. Me atormentaba una pregunta relacionada con la idea del ocaso. No me quedaba claro si el ocaso era un fin o un comienzo. Según la definición es la decadencia o la desaparición de algo, sin embargo, para mi, la imagen me proponía todo lo contrario. De alguna manera siempre confundía el ocaso con el amanecer, y creo que, según el efecto de la rotación, lo que digo tiene mas sentido de lo que parece. Cuando algo esta ocurriendo, al otro extremo, siempre está ocurriendo lo contrario.

Me sentía como Gregorio Samsa luego de haber sido aplastado por el demoledor zapato de

su padre. Apenas y podía sostenerme en pie cuando me di cuenta de que todo era una mentira. Facundo y Galileo Galilei. Facundo y la teoría de Durkheim. Facundo y el bosque de Narciso. Facundo y la niebla de María Luisa Bombal... Creo que lo noté cuando me quedé mirándolo a los ojos por mucho tiempo. Me di cuenta que en los ojos de Facundo no había nada, y que todo lo que veía en esos astros perdidos no era mas que mi propio reflejo. Mi ansiedad exhaustiva por querer llenar mi alrededor de hechicería. Mi devoción inocua por querer explorar lugares mágicos. Mi obsesiva necesidad de sentirme vivo desde fuera de mí. Pero los ojos de Facundo no eran mas que ojos, en los cuales podía percibir los míos.

Llegué a un parque que queda cerca de mi casa. A esa hora no se ve a la gente paseando. Me senté en una banca en la cual el día de ayer compartí un cigarro con Facundo. Me quedé mirando a mi alrededor esperando ver algún alma ambulante, pero nada. Nada se ve un domingo a estas horas de la mañana. Una helada ventisca me rozó la nuca y fue como un beso, un beso frío, un beso de espinas en el centro de mi nuca que me obligó a inclinar la cabeza. Vi en el suelo un pedazo de cuero que se asomaba desde el barro. Absorto en la curiosidad estiré mi mano para alcanzar el objeto que llamaba mi atención, y cuando logré desenterrar del barro ese trozo de madera-cuero, me di cuenta de lo que era; Una máscara. Era la máscara que tenía puesta Facundo el día de ayer. La había dejado aquí olvidada. Creo que fui yo quién se la quito mientras él me hablaba de cosas inventadas, literatura Europea y cuentos de Roberto Bolaño. Debió frustrarse. Debió frustrarse demasiado como para darse ese golpe en la sien.

Le sacudí la tierra a su alrededor he intenté colocarla en mi rostro pero no me quedaba. La miré con extrañeza y rocé con mis dedos su meticulosa confección. Facundo se había esforzado demasiado en su construcción, se había esforzado demasiado y yo también. Era una perdida de tiempo. Buscarse todo el tiempo es una perdida de tiempo. Debería bastarnos con existir. Estaba ahí sentado contemplando la máscara cuando un joven de edad similar a la mía se me acerca y me saluda.

-Disculpa, ¿puedo verla?...

-Si, obvio. Respondí yo con un pequeño temblor en los ojos. El joven tomó la máscara y comenzó a examinarla con destreza.

-Es muy bonita. Dijo él, con un oscilado dejo de melancolía.

-Si, me gusta. O me gustaba. Era de un amigo.

-¿De quién?

-Es difícil de explicar. Le dije, buscándolo con la mirada. El joven era de movimientos lentos y mirada esquiva, me costaba significativamente mirarlo fijamente a los ojos.

-No creo que sea tan difícil. Me dijo él, desafiándome. Y se puso la máscara. Le quedaba perfecta. Pero no era igual a Facundo, había algo en él que yo aún no podía percibir.

Me llamo Fabián, le dije. Y él se sonrió. O eso creo. Pues como tenia puesta la máscara de Facundo, no podría saberlo con certeza.

\*\*\*

## IV

### FACUNDO Y EL CANON HOLMESIANO

Esa tarde el sol esbozaba sus rayos sobre la casa desocupada, el tiempo se percibía tardío, como en un reloj de arena, el panorama visual daba la ilusión de estar leyendo un mapa, las líneas sobre este, podrían haber sido los rayos dorados que atravesaban precipitosamente todo el jardín. Había leído en los antiguos libros de Sherlock Holmes que el asesino suele volver a la escena del crimen. Es evidente que mi astucia no se compara a la de Holmes, pero desde luego que podríamos compartir algo de razonamiento deductivo. Lo digo de esa manera porque ahora todo parece ser una pizarra con pistas. Quería saber que había sucedido con Facundo antes del ocaso, y creo que la mejor forma de hacerlo era volviendo a la escena del crimen y poniendo el lente en el canon Holmesiano.

A pesar de la similitud entre la novela de Arthur Conan y el acontecimiento que le dio fin a Facundo, todo seguía siendo un cuadro de Magritte, en donde lo simbólico tenía preponderancia. Eso hace esta investigación un tanto mas difícil, pues hay una doble dificultad antes de resolver la realidad, que tiene que ver con resolver los símbolos que se adhieren a ella. Esa tarde llegué a la vieja casa buscando pistas, comenzando por el jardín.

Bitácora uno, jardín, 06:54pm.

-Unos pájaros juegan entremedio de la ventana por la cual me lancé la pasada noche. Son despistados y despiertos. Algunos podrían decir que esta descripción es contradictoria, pero no; Son despistados y despiertos. Recorro el jardín en busca de alguna pista que me haga saber, primero que todo, que nada de lo vivido la noche anterior fue un sueño. Recorro el jardín sin éxito. No hay avistamiento de presencia humana. Tampoco hay señales que develen la aproximación de un ser. En ese sentido el jardín, en su composición atmosférica, no me ayudaba a resolver mi cuestionamiento existencial, pues todo en él era onírico. Incluso los escombros y las grandes composiciones de concreto que habían perdido su utilidad, parecían estar dándome pistas parecidas a las que se reciben en los sueños. En la parte trasera se puede percibir un gran trozo de cemento que tiene la figura de un Monolito. Al acercarme al

Monolito, encuentro, casi de manera premonitoria, una carta. La carta era breve y confusa, decía así:

“Es probable que mañana no esté aquí. No había pensado en eso. No fue planificado. Es un presentimiento. Busca en el cajón y asegúrate de que nadie te vea. A veces las personas miran mas de lo que pensamos. Están observando cada detalle, alertas, esperando el momento justo. Eso puede volver loco a cualquiera. Observar compulsivamente puede volver loco a cualquiera. Es muy fácil destejer situaciones y crear historias paralelas. Solo espero que cuando tú leas esta carta te des cuenta de que esas historias se pueden volver realidad, y no todo es sueño. Yo sé lo confuso que puede ser. Es que de eso se trata...

(Y.M)”

No se logran identificar las siglas “Y.M”. La carta queda aferrada a mi bolsillo como un artefacto invaluable. No entendí nada de lo que dice. Pero sé que es importante.

Ya empieza a anochecer. El atardecer es enérgico en su aparición. Aparece como un bostezo en el cielo y el tigre solar se apodera de todo. De pronto todo es una nube anaranjada y me muevo dentro de ella como un niño que intenta recuperar su nado. El jardín es confuso, no logro encontrar nada que dé evidencia de lo vivido la noche anterior. Me acerco a la puerta de la casa abandonada pero está cerrada, recuerdo la ventana por la cual salté y me adentré al exterior. Me reencuentro con su naturaleza, yo sé que no hay opción luego de atravesar ese umbral. Yo sé que una vez que entre por esa ventana todo será diferente y no habrá forma de volver. Extiendo mis brazos y mis dedos se afirman a su estructura de manera osada y melancólica. Llego a la casa, miro alrededor, nada acusa la presencia de Facundo. Nada acusa ni siquiera, mi propia presencia.

Bitácora dos, interior casa, 07:32pm.

Camino por el largo pasillo corredor que da a las habitaciones. Ansioso por volver a la escena del crimen paso por alto los lugares que pudiesen ser habitados de manera curiosa. Llego a la sala principal en la cual, con esta poca luz, se puede percibir al menos la dimensión del espacio. Un viejo candelabro colgando del techo que en algún momento fue un objeto de

valor, es el eclipse de la escena. Los últimos brillos del sol revotan con los espejos del candelabro y la luz, casi de manera artificiosa, da a la mancha de sangre de Facundo en el piso. La sangre de Facundo estaba ahí. Su asesinato no había sido imaginación mía. No había sido un acto simbólico. Este es el momento en que los símbolos y la realidad comienzan a converger. Todo se vuelve aún más confuso. Recuerdo poner todo bajo una lupa.

Anochece y poco se puede ver. Toco la sangre del piso pero está seca. Me encontraba hincado observando la mancha de sangre como Narciso se observaba en el río, cuando escucho desde abajo una voz profunda pero a la vez clara. Era una voz humana, proveniente desde las profundidades de la vieja casa abandonada. Me dispongo alerta, concentrando mi sentido de la audición, cuando escucho un segundo grito, esta vez, llamándome por mi nombre... Era Facundo. Estaba encerrado en algún lugar de la casa. Comencé a moverme por el espacio (no sé por qué pero este espacio me resulta sumamente familiar. Casi pareciera que conozco todos sus recovecos. Como si hubiese crecido aquí. Hay una sensación ominosa que me resulta inquietante.) Comencé a dirigirme a la cocina, en la cual intuyo hay un pasadizo que da a un sótano, la voz de Facundo era cada vez mas clara y concisa. No soy lento en mis pasos, al contrario, soy certero y seguro. Camino con gran disposición a la escena, involucrándome con mi construcción arquetípica de Sherlock Holmes. De todas maneras debo tomármelo con calma, es muy fácil desvestir un personaje. últimamente lo hacia todo el tiempo.

Atravesé el pasillo principal que se encuentra en la entrada de la casa. Una vieja alfombra color burdeo todavía permanecía adherida a la madera del piso, y a pesar de los escombros y los agujeros en el techo que dismantelaban la arquitectura en ella, seguía intacta, al igual que una vieja mesa de madera que encima de ella contenía marcos de fotos, sin fotos. A excepción de uno, que se encontraba boca abajo. La curiosidad siempre ha sido un elemento que me ha caracterizado, por lo tanto, tomé el marco de la foto y lo cargué en mi mano. No podía identificar la foto con claridad, el polvo estaba adherido al vidrio de tal manera que tuve que romper el marco y sacar el papel. Al reverso de la foto decía; “Nuestros mejores años.” Al frente la imagen me desconcertó. Era una imagen mía de cuando sólo tenía cinco años, en un jardín semejante al de esta casa, pero que pertenecía a otra época y cuidado.

Tomé la foto, la guardé junto con la carta. Y me dispuse a ir al sótano, la puerta que daba al nivel inferior se encontraba cerrada, pero haciendo presión con mi hombro en el ángulo adecuado, pudo ser abierta. “Facundo...Estás ahí?...” Dije con voz alerta y preocupada. Accioné el interruptor de luz, no había electricidad. Ya era de noche y desde la ventanilla del sótano se podía ver solamente el reflejo de la luna llena. Facundo estaba hincado en el piso con una venda en la cabeza. Estaba encerrado y al parecer no había podido salir. Me miró y me dijo que el asesino siempre volvía a la escena del crimen. Tomé la carta que había encontrado. No sé por qué la tome. Pero leí las siglas que decían “Y.M” y descubrí que significaban “Yo mismo”. Otra vez todo era un rompecabezas.

\*\*\*

## V

### LA HABITACIÓN SUBJETIVA

Facundo había perdido el habla. Por alguna extraña razón no salían palabras de su boca, ni había luz en sus ojos. Al notar esto (la incapacidad de Facundo para ser si mismo) decidí quedarme con él. Quedarse con un ser que era nadie era lo más parecido a estar conmigo, pero era soportable, ya que había en mí una necesidad imperiosa por mantener a Facundo vivo, hacer que Facundo siguiese siendo Facundo, y que por sobre todo, pudiese recuperar el habla...

La habitación subterránea en la que Facundo había pasado la noche era un lugar detenido en el tiempo. Era lo mas parecido a estar en un campo minado, o en una fabrica abandonada. La litera todavía parecía mantener el calor del cuerpo de Facundo en sus telas deshojadas y roídas, mientras el resto del espacio se componía de residuos de concreto y alfombras cubiertas de hollín. Un gran espejo con bordes de bronce oxidado se encontraba afirmado a la pared. En un extremo había una cómoda de madera, era uno de esos muebles que logran salvarse de la devastación, sobre ella permanecía intacta la escultura metálica de un búho que se mantenía observando casi sin pestañear una estantería con libros, muchos de ellos habían quedado regados por toda la habitación, probablemente victimas del movimiento sísmico o la imprudencia de seres que vinieron, al igual que nosotros, a intentar descubrirse en los impedimentos. Sobre un sillón había un oso de peluche sin ojos, y al otro extremo de la habitación una guitarra sin cuerdas. Nada tenía utilidad en esta habitación subjetiva, que podía ser un reflejo simbólico de la mente de facundo y la mía.

Fui a buscar un poco de agua. Moje el paño. Lo estrujé. Facundo miraba el suelo y esquivaba mis ojos. Nos encumbraba un silencio histérico. Atónito. Yo no insistía en deshojar su mutis. No insistía porque no tenía sentido. No tenía sentido lo que él fuese a decir si era yo quién esforzaba esa voz. Simplemente me quedé a su lado y fui su amigo. Curé su herida. Había aún muchas dudas y la herida en la cien estaba abierta. Yo sé que el podía aclarármelas. Pero al parecer había que ser paciente... Recosté a Facundo en la litera, su piel estaba tersa y fría, su cuerpo, antes cálido y vivo, ahora parecía una escultura de

yeso en la cual se vienen a parar los pájaros y los insectos. ¿Dónde estaba el alma de Facundo?... No creo que sea momento para instalar un cuestionamiento filosófico. Pero semejante a la duda es lo indecible, aunque ahora el relato tenga muchas menos citas (Supongo que es porque la ficción entró de lleno, y probablemente la próxima ves los citados seamos nosotros.).

Estaba amaneciendo cuando encontré en los pies de Facundo un libro. Era la obra de Julio Cortázar. Entre sus cuentos pude identificar la obra “Casa tomada”, leí la primera estrofa y me invadió un agudo escalofríos. A Cortázar le interesaba hablar de la casa, no de Irene, tal vez a mi me estaba comenzando a pasar lo mismo, la disonancia entre objeto-protagonista puede ser la pista que estaba buscando, había en esta casa un espacio poético que aún no me empeñaba en descubrir, y creo que Cortázar había dado en el clavo, Facundo y yo nos habíamos tomado la casa y hasta el momento había obviado la situación, había pasado por alto las evidencias y los hechos, y eso deja en evidencia mi menesterosa caracterización de Sherlock Holmes.

Estaba sentado en la cama acariciando el pelo de la frente de Facundo que parecía una planta marchita. Buscaba, por sobre todo, contenerlo, pues era una forma de contenerme a mi mismo. Permanecía ahí como un niño con varicela, inmerso en un estado corporal inusual, que no hacía sino distanciarlo de si mismo. Me levanté por una manta para cubrirlo del frío cuando comenzaron a escucharse ruidos venir desde el otro nivel de la casa. Me dispuse alerta. Cubrí a Facundo con la manta y sentí que alguien nos estaba observando. Miré hacia el frente en donde se encontraba el espejo de bronce reflejando mi rostro y el de Facundo. En un momento me pareció que éramos la misma persona. Lo único que nos diferenciaba era el cansancio. El rostro de Facundo recostado en la cama se veía mucho mas abatido que el mío, pero aún así, era el mío.

Dejé a Facundo recostado con el paño en la cabeza, subí lentamente y comencé a observar la casa. No se veía movimiento alguno. Hacía frío y la luz era tímida en su aparición. De todas formas había perdido la noción del tiempo, nuevamente no podía identificar si estaba anocheciendo o amaneciendo, aunque insisto en mi reflexión de que pueden ser lo mismo.

Nuevamente sentí un ruido venir desde una de las habitaciones. Fue como el sonido de un teléfono antiguo cayendo al suelo. Un sonido metálico que desvanece el residuo de su eco hasta las paredes. Aunque también pudo no haber sido un teléfono, la situación era indulgente, daba diferentes posibilidades de ser desenmarañada, por lo tanto tal vez era un reloj despertador, u otra cosa. En cualquier caso, todo era subjetivo, a veces es difícil aferrarse a una idea de la realidad, nuestra percepción y nuestra imaginación, ambas, nos pueden estar jugando una mala pasada.

Abrí la puerta de la habitación desde la cual intuía el ruido. Entré y había una gran cama matrimonial cubierta de polvo. Es extraño. Todo en esta casa estaba como si las personas que vivían aquí hubiesen salido huyendo de algo. Como si no hubiesen alcanzado a llevarse nada. Como si hubiese ocurrido una tragedia que los desplazó a todos a un nuevo sitio. Lo peor de todo es que este lugar para mi no era extraño, sino que podía moverme por sus recovecos con cierta destreza. No me bastaron dos pasos para tropezar con un gran reloj despertador que se había caído de un mueble. Lo tomé en mis manos, sacudí el polvo, y le di cuerda. Comenzó a hacer tic-tac. Lo dejé sobre el mueble lentamente, al lado de un brazalete con cadenas y cruces doradas. Recordé que cuando era niño mi madre tenía ese mismo brazalete con cadenas y cruces doradas. Solía tomarlo en mis delgadas manos pequeñas y tirarlo de su muñeca con actitud curiosa y desesperada...

Me quedé observando el reloj hipnotizado, cautivado por el sigiloso actuar de las manijas, como si de ellas dependiera mi existencia. Como si el tiempo fuese real en la dimensión del objeto, perdí toda conciencia de que el tiempo es una creación humana, que puede ser cuestionada, y me sumergí en la atmosfera de su sentido. Pude haber estado ahí minutos, o horas, antes de que llegaran las ratas. El reloj comenzó a hacer tic-tac y miles de ratas comenzaron a salir del techo, las paredes, el guarda ropa, y desde debajo de la cama. Ratas negras con sus colas largas corriendo tras de mi como una materialización de mis mas grandes miedos. Salí de la habitación rápidamente, bajé las escaleras y entré a la habitación subterránea. Cerré la puerta. Fui donde Facundo y lo abrasé. Tenía miedo... Se me acababa el aliento. Aquí abajo ya no se escuchaba nada. Facundo permanecía ausente, en la vigilia de su sueño. Me quedé petrificado en la más imperiosa catacumba. Miraba a mi alrededor y

el aire me sabía extraño. Como a azufre. Como amargo. Quería irme pero no podía. No podía abandonar a Facundo. Teníamos que encontrarnos juntos y él debía recuperar el habla y yo la vista. Comencé a sentir pisadas en el jardín. Eran pisadas de hombre. Pasos lentos pero fuertes se sentían estar vigilándonos. Desde la ventanilla del sótano logro identificar unas piernas que se aproximan y se detienen. Se escucha el búho ulular. Se escucha su ululato perdido en esta habitación subjetiva. Las piernas se quedan quietas en la ventanilla, el hombre se inclina, mira hacia adentro, tenía puesta una máscara de cuero. Era la máscara que Facundo había dejado en el barro. Era el hombre que me preguntó como me llamaba. Se quedó mirándome detrás de la máscara fijamente. Me había estado siguiendo. Se estaba tomando la casa. Facundo y yo estábamos adentro. Miré el reflejo en el espejo nuevamente, pero esta vez no se veía nada.

\*\*\*

## VI

### POR ÚLTIMA VEZ FACUNDO

Había permanecido escondido con Facundo toda la noche. La aldaba que cruzaba la puerta no permitió que el hombre de la máscara en el barro pudiera acceder a nosotros, aún así, su presencia se hacía visible en los estridentes sonidos de la casa. Vidrios se rompían al son de la agitada respiración de Facundo y la mía. De pronto, el humo... Se comenzó a sentir un calor suspirar desde el interior, probablemente el hombre, quién ya no era un hombre verdaderamente, sino que era un monstruo víctima de los oscuros secretos de Facundo y míos, había caído presa del pánico y la desesperación. Prometeo le había robado el fuego a los Dioses del Olimpo y la casa, o el Olimpo (Árido reflejo de mi tortuosa infancia) comenzó a ser aclamado por su vehemencia. Pronto todo se volvería ceniza. Tomé a Facundo rápidamente, él simplemente siguió el impulso de mi brazo. Escarbando entre la estantería de libros pude notar una pequeña obertura que daba a otro lugar, corrí la estantería con fuerza y comencé a empujar los libros que ahora no servían para crear ninguna analogía ficticia. Pude divisar un agujero lo suficientemente ancho para que yo y Facundo pasáramos como dos conejos blancos. Lo hice entrar a él primero. Íbamos arrastrándonos por el túnel en donde nada se podía ver. Sólo sentíamos el olor a la tierra húmeda. Luego comenzamos a ser acariciados por el agua. Tras gatear súbitamente, como dos niños que se están abriendo paso al mundo, fuimos aclamados por un rayo de luz, era la luz del amanecer. Salimos del agujero y lo que encontramos parecía ser sacado de un relato relacionado con la mitología griega.

Es bien sabido el ideal empleado por los Griegos en la escultura, Facundo me había hablado de eso, de la expresión de la realidad idealizada, la proporción orgánica de los cuerpos, y el alejamiento de la anomalía, los detalles estéticos que se enfocaban en imitar el cuerpo en su divinidad para que de alguna manera estos sean adorados. Creo que a veces caemos en la trampa de la escultura griega. Idealizar al ser humano en sus formas no es sino un efecto placebo de corta duración. Pero con Facundo era diferente. Pues era una escultura griega hecha pedazos, llena de monstruosidad, e ahí mi fascinación por adoptar el carácter de este hechizante alter-ego, pues yo nunca había sido así, si bien admiraba los referentes literarios

con los cuales Facundo se explayaba con facilidad, nunca había concebido integrarlos a una conversación de la manera en que él lo hacía, probablemente Facundo se había equivocado mas de una vez en el detalle de sus citas, pero eso a mi no me importaba, a veces la imperfección honesta es mas pura que cualquier saber.

Salimos de la madriguera y lo primero que pudimos percibir fue un gran sitio eriazo cubierto por el musgo y la maleza, Nos adentramos en lo que parecían las ruinas de un castillo, decenas de esculturas griegas estaban frente de nosotros, pero a diferencia de lo que se conoce, estas, que parecían ser un hallazgo arqueológico de gran envergadura, se encontraban sin brazos, sin piernas, y algunas incluso decapitadas. Otros rostros eran difíciles de percibir ya que estaban cubiertos por el fango y el musgo. Facundo se quedó idiotizado mirando una escultura que a mi parecer era de “Aquiles”, pero este no tenía piernas y permanecía con su brazo estirado, casi en señal de auxilio. Pronto percibí a un Aquiles Facundo, sosteniéndose de si mismo, investigando entre el musgo y la tierra, entre las llamaradas, lo que sería su propia vida. Yo sólo estaba ahí como un generoso testigo, como un arqueólogo fortuito que se cautivaba del hallazgo mientras Facundo se quitaba la venda y percibía su herida cerrada. Luego de quitarse la venda y tocarse la sien curada tomó el brazo de Aquiles y le dió las gracias. Fue ahí cuando recuperó el habla.

-Se parece a ti, me dijo. Yo no respondí.

-La escultura de Aquiles, se parece a ti. Me dijo insistiendo.

-Pero no tiene piernas, y le falta un brazo. Dije yo, con desgano.

Facundo recuperaba el habla y a mi comenzaba a sangrarme la sien. Rápidamente caí al piso. Él me tomó, estábamos ahora en lugares opuestos, compartiendo una herida.

-Tenemos que irnos. El fuego va a llegar hasta acá. Si te quedas conmigo, te prometo que todo va a estar bien, al menos hasta que salgamos de aquí.

-“Al menos hasta que salgamos de aquí.” Le respondí yo con una sonrisa triste.

Facundo me cargaba en dirección a un bosque de maleza en el cual nuevamente nos vimos perdidos en la oscuridad. Solo las hojas y el aroma de la naturaleza era lo que podía sentir en mi rostro como latigazos mientras nos aproximábamos a la entrada, pues ahora íbamos de vuelta a la realidad, y esperábamos con ansiedad que en ese conocido lugar, ese lugar en el cual habíamos crecido, todo estuviese bien. Pero yo no había crecido ahí. Yo había crecido en esa casa. En esa habitación subjetiva. En ese charco de fuego. Y creo que era algo que Facundo aún no sabía. Salimos de la casa y había un hombre con una linterna y una campana anunciando un vendaval en las calles. Mientras nosotros nos movíamos con destreza canina, se escuchaba retumbar por las calles su voz gritando “¡Vendaval!... ¡Vendaval!...” Pensé en un buen augurio. El viento del sudeste soplando con fuerza llevándose todos los residuos e incrementando el fuego de la casa en llamas haciéndola desaparecer. Salimos rápidamente del lugar. Siento que fue una eternidad. Miré hacia atrás y ya no quedaba nada. Facundo me miró y me dijo:

-¿Recuerdas la cita de Galileo Galilei?...

-¿Cuál?, le pregunté yo, con extrañeza.

-Esa que dice “La duda es la madre de la invención”.

Me quedé sin decir nada. Me despedí de la casa en llamas y bajamos por la calle hasta llegar a la playa. La arena blanca y el mar en calma se abrían paso a nosotros como un ligero aposento. Facundo se sienta en la arena y se quita los zapatos y los pantalones. Yo hago lo mismo. Nos sentamos un momento a percibir este instante. Podíamos respirar. Durante este tiempo respirar se había hecho un acto azaroso, imperceptible, casi de mentira. Era como si no hubiésemos estado vivos. Ahora nuestra respiración era la misma, se calaba hasta el horizonte como una flecha lanzada desde un arco. En ese instante me di cuenta que mi herida en la sien había cesado y ya no tenía de qué preocuparme, excepto de una cosa. Miré a Facundo con necesidad de pronunciar lo indecible. Él miraba el mar como un niño que mira lo que desconoce y yo mientras tanto sentía que la composición era armoniosa. Iba a hablar, pero Facundo se me adelantó, nuevamente salieron palabras de su boca...

-Me gusta estar aquí. Dijo él, como si estuviese diciendo cualquier cosa.

Siempre cuando creía que Facundo me iba a sorprender, jamás terminaba haciéndolo. Lo cual también era una sorpresa. Mas bien estaba esquivándome. De alguna u otra manera

siempre lograba salirse con la suya. Pero había verbalizado una idea que estaba ocurriendo de manera espontanea, no era algo que él o yo hiciéramos con frecuencia. Facundo miraba el horizonte como si nada de lo que vivimos hubiese sucedido. Probablemente no sucedió. Probablemente fuimos a la casa abandonada con sus amigos que se sienten atraídos por la literatura europea, tomamos unas cervezas, fumamos yerba, y luego de largas y escurridizas conversaciones, miradas magnéticas, y otros “que se yo”, salimos y nos vinimos a la playa. Solo eso. Tal vez todo lo demás había sucedido solo en mi mente. Ahora, quién debía recuperar el habla era yo.

-Oye... Le dije a Facundo instalando un momento incomodo. Es que ya me había cansado de evitarlos.

-¿Mmm?... Me dijo él, un poco nervioso. Probablemente sintió la tensión en mi voz.

-Tengo que hablarte de algo.

-¿De qué?

-Tú sabes de qué.

-¿De qué?... Me insistió él, con intriga.

No quería pronunciar ese fastidioso “No sé”. Por primera vez quería dejar de crear, quería poder aferrarme un minuto a este instante, a esta imponente construcción a la cual todos llaman "realidad". Viví fuera de la realidad demasiado tiempo y estaba cansado. Por primera vez quería saber algo.

-Esto no es un romance francés. Me dijo Facundo, dejándome verdaderamente sorprendido. Por supuesto que no, pensé. Un romance francés puede convertirse en un cliché rápidamente, a pesar de todo el surrealismo. Pero esto era un poco mas complejo. Quizás era un romance Alemán, de esos que a la primera te cuesta entender. O quizás era un Thriller Psicológico. De todas maneras, no me iba a quedar sin decir nada.

-Nunca me diste las gracias Facundo. Le dije yo, dejando en evidencia una deuda que Facundo tenía conmigo.

El sólo se quedó pronunciando el silencio. Le di un beso en la mejilla y no espere nada. Es que yo era así. A veces solo quiero a las personas. Solo las quiero y eso es todo. Lo miré a los ojos. Me saqué la camiseta y le dije suavemente al oído;

-Por última vez Facundo.

Me saqué la ropa y caminé a la orilla. Me lancé al agua y comencé a nadar en dirección al horizonte, llamé a Facundo para que nadara conmigo, sólo quería que jugáramos, él vino a pesar de que no le gusta nadar en el mar. No me decía nada pero estaba acompañándome. Comenzamos a nadar lentamente, poco a poco se me iba olvidando que éramos distintas personas. Cada metro avanzado era un desaparecer. Estaba cerca de la boya cuando miré hacia atrás y me di cuenta de que Facundo había desaparecido. Estaba sólo. Tampoco me dieron ganas de gritar. Había permanecido demasiado tiempo llamando a Facundo. Creo que él ya se había encontrado. Ahora permanecía en mi como un recuerdo alucinante, como una existencia que viví con todos sus descuidos y exactitudes.

Comencé a nadar en dirección a la orilla, pues al parecer ya todo estaba limpio. Iba avanzando cuando a mi alrededor comenzaron a aparecer decenas de medusas. Estaban alrededor mío flotando con una súbita exquisitez. Permanecían quietas sin hacerme daño. Era como si me estuvieran dando una señal. Recuerdo el mito de Medusa... Recuerdo que su cabeza fue empleada en el escudo de la diosa Atenea. Recuerdo haber leído también, que desde la antigüedad clásica la imagen de Medusa aparece representada como un símbolo que aleja el mal. Ahí estaba yo, flotando en el mar, con las medusas alrededor mío y el amanecer desintegrándose, anunciando la aparición del día. Creo que es bueno que me lo haya permitido. Sentir todas las cosas, digo. Y pensar otras. Creo que es bueno porque las personas generalmente no se permiten sentir tanto por el miedo. Llegan a un límite y paran. Luego enloquecen y terminan haciéndole daño a alguien. Aquí era distinto. Aquí no había nadie herido y a cambio había una obra literaria. Se llamaba "*Mi existencia con Facundo, o el ocaso del amanecer.*"

*Fin.*